

Ocurrió un martes, hace años

Hasta bien entrado el siglo XX, el transporte público de personas se hacía en carruajes tirados por caballos, similares a las famosas diligencias de las películas del Oeste americano. Después, cuando aparecieron los automóviles, el transporte de pasajeros pasó a realizarse en autobuses.

En uno de aquellos primeros coches de línea, que circularon por la comarca, ocurrió este hecho. No puedo asegurar “a ciencia cierta” en que pueblo sucedió: unos lo sitúan en Villasbuenas, otros en Corporario, otros... Lo cierto es que, aunque no pueda precisar dónde ocurrió este suceso, eso es un detalle menor, sucedió, alguien me lo narró y así lo cuento yo.

Hasta la década de 1950, los coches particulares eran prácticamente inexistentes; por ello, los viajes por carretera se hacían casi exclusivamente en taxi o coche de línea regular. La gente, tal como sigue haciéndolo actualmente, viajaba mucho a Vitigudino; unas veces para hacer compras y otras para vender productos; por ello, era frecuente que los pasajeros llevaran mucho equipaje. Éste, se colocaba, bien amarrado, en la baca que entonces llevaban todos los autobuses. En estas bacas, había también asientos; de forma que, llegado el caso, cuando se llenaban los asientos del interior, el resto de los pasajeros subía a la baca y viajaban allí sentados, o incluso de pie (Ilustración 1), junto al equipaje y demás mercancías que transportara el autobús ese día.



Ilustración 1

La parte buena del asunto es que nadie se quedaba “en tierra”; siendo, por lo demás, el viaje en el techo de estos autobuses bastante seguro ya que su velocidad era muy baja (apenas sobrepasaban los 30 km / hora); por ello, las posibilidades de caerse eran mínimas. Si a esto sumamos lo saludable de viajar respirando un aire de lo más puro, hasta podría parecer que esta forma de viajar era estupenda. Claro que todo tiene un lado malo: Lo viajeros que iban en el techo del autobús, estaban expuestos a las inclemencias del tiempo (calor en verano, frío en invierno, viento, lluvia...)

El hecho que nos ocupa, ocurrió un día de invierno...un martes; todo empezó en Viti. A mediodía, había mucha gente para coger el coche de línea y volver a sus pueblos; el autobús se llenó pronto y, a la hora de partir, algunos pasajeros tuvieron que subir a la baca para hacer el viaje. El día se había presentado muy nublado y lloviznaba, lo que hacía sumamente incómodo viajar en ese lugar pues implicaba que los pasajeros

fuesen mojándose todo el rato, a pesar de los paraguas.

El primer viajero que subió a la baca lo hizo refunfuñando por no haber llegado un poco antes y haber podido coger un sitio dentro del autobús. Lloviendo como estaba, pensaba en el frío y la mojadura que le esperaban. Se fijó, entonces, en un ataúd que aquel día el coche de línea llevaba a algún pueblo, junto al resto de las mercancías.

Está sin estrenar - pensó este hombre - y si me meto en él hasta que llegue al pueblo no me mojo, ni paso frío. Además, me voy acostumbrando para cuando me llegue la hora. No lo pensó dos veces y se metió en el mismo. Subieron, después, otros viajeros a la baca, y al poco rato el coche inició la marcha.

El autobús iba parando en los sucesivos pueblos y el del ataúd contaba las paradas. Cuando calculó que habían llegado a la de su pueblo, levantó la tapa y dijo:

¡Qué! ¿Ya dejó de llover?

Los viajeros que iban en la baca del autobús, como es natural, pensaban que el

Ilustración 2



ataúd estaba sin estrenar...vacío, de forma que, cuando vieron que se abría y que estaba ocupado por un hombre, quedaron aterrados.

Se vivieron escenas de auténtico pánico: Los pasajeros muy asustados, bajaron precipitadamente desde el techo del autobús al suelo. Unos por la escalera, otros se tiraron, directamente, desde la baca del vehículo (Ilustración 2). El deseo de todos era pisar la tierra lo antes posible y salir corriendo.

Más de uno cayó de culo en el barrizal que había.

Por lo visto, había un cojo -cómo no- que estaba también arriba (no puedo explicar cómo subiría hasta allí, pero el caso es que estaba). Este hombre, apareció en su casa sin muletas ni nada. Éstas, aquel día, se quedaron en la baca del autobús. Era tanto el miedo que llevaba que, no las necesitó, ni para bajar del coche de línea, ni para llegar a su casa.